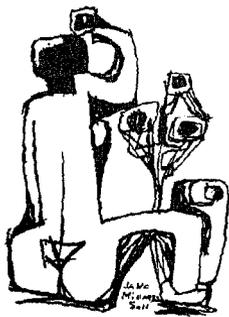


NARRACIONES Y CUENTOS



.
*Se ha abierto un abanico de milagros
en la mano creadora del olvido.*

ANTONIO MACHADO

CHRISTOPHE MOLINOS

Nouvelle Canariote

De L. et A. MILLARÉS-CUBAS

Traduite de l'espagnol par CAMILLE SAINT-SAËNS

I



(G. Brown).

CAMILLE SAINT-SAËNS

Sur les neuf heures, au retour de la promenade qu'ils faisaient ensemble tous les soirs par les rues de la ville de Las Palmas, Christophe et Madeleine se mirent à table pour souper d'un œuf à la coque et d'une tasse de thé, dans l'étroite salle à manger, à fenêtre donnant sur la mer, de leur petite maison sans étage. Lui, maigre, anémique, sa pâle figure ombragée par une barbe jaunâtre et clairsemée, avait ôté son veston et mangeait en bras de chemise, selon son habitude, les jambes allongées sous la table,

satisfait de son existence plate, monotone, sans cahots jusqu'alors. Elle, brune, très grande, fille de la classe moyenne aux airs aristo-

CRISTOBALITO MOLINOS

I

A cosa de las nueve, al regresar del paseo que juntos daban todas las noches por las calles de la población, Cristóbal y Magdalena se sentaron a la mesa para cenar un huevo pasado por agua y una taza de té, en el reducido comedor de su casita terrera, con ventana al mar. Él, flaco, anémico, sombreado el rostro pálido por escasa barba amarillosa, se había quitado la americana y comía en mangas de camisa, según su costumbre, con las piernas estiradas debajo de la mesa, satisfecho de su vida hasta entonces llana, monótona, sin tropiezos. Ella, muy alta, morena, muchacha de la clase media con apariencias aristocráticas, fijaba en las sombras del patio sus ojos negros, resplandecientes bajo la ceja poblada y oscura, oprimiendo con fuerza sus labios, delgadísimos y rojos como una pincelada de carmín. Conservaba aún el traje de calle, oscuro y sencillo, ceñido al cuerpo como un vestido de viaje. Servíales la criada, María del Pino, una muchacha rubia, mal despierta aún del sueño que acababa de echar durante la ausencia de sus amos, tendida en la alfombra de la alcoba, junto a la camita del niño.

Como Magdalena había manifestado durante el paseo que le dolía un poco la cabeza, su marido no se atrevió a proponerle el partido de *napolitana* que solían jugar otras veces, de sobremesa, y apurado el último sorbo de té, después de encargar repetidamente a la criada que apagara las luces y cerrara bien todas las puertas, ambos pasaron a la alcoba. Mientras Cristóbal ajustaba, bostezando, las hojas de la ventana, ella se detuvo un instante junto al catre de hierro en que descansaba Pepito. Acababa el chiquillo de cumplir cinco años y era espigado, flaco, anémico como su padre, de escaso pelo y boca demasiado grande.

Dormía con la cabeza ladeada, inmóvil como un muerto, sin que se percibiera el rumor de su respiración. Contempló su madre breve rato, y luego, doblando su erguida talla, le besó en la frente.

Después de cerciorarse de que el periódico estaba, como de costumbre, doblado sobre la mesa de noche, Cristóbal se quitó las botas, sentado en una butaca, junto a la cama de matrimonio. Procedía con maníatica regularidad, colocando en el prendero su anillo, regalo de su mujer, y la ropa, bien doblada, en el respaldo de un sillón.

De vez en cuando cambiaba algunas palabras indiferentes con Magdalena, que daba vueltas en el cuarto próximo, en el que dormía sola hacía dos meses, a causa del extraordinario calor de aquel larguísimo verano.

Al fin se acostó, dejando fuera de la cama su dos brazos flacos y descoloridos, y encendiendo un cigarrillo se dispuso a leer el periódico desde el artículo de fondo hasta los anuncios de la emulsión de Scott.

En aquel momento Magdalena, vestida aún con el traje de calle, entró rápidamente en la alcoba, se detuvo junto al tocador, besó por segunda vez al niño, y dirigió al pasar una mirada furtiva a su marido, que leía con mucca odiosa y extravagante, arrinconado el cigarro en un extremo de la boca. En el punto de salir volvióse rápidamente, medio oculta ya por el pesado cortinaje de la puerta, y sus ojos resplandecientes bajo la ceja poblada y oscura, miraron por última vez con expresión extraña las cosas y los seres que quedaban allí dentro, vagamente iluminados por la luz temblorosa de la vela que ardía sobre la mesa de noche con levisima crepitación.

II

Magdalena no se quitó ni una sola prenda de su traje. Acostada de espaldas, con los ojos muy negros, dilatados y fijos en la pared, parecía una muerta, estirada ya por la rigidez cadavérica, a quien acababan de vestir para el último viaje.

Durante media hora sonó, ronca y displicente, la tos de Cristóbal que padecía un catarro crónico, y el leve rumor del periódico, desdoblado por sus manos. Oyóse después el sopló brusco con que apagó la luz, el prolongado rechinar del colchón de muelles, y tras un breve rato el silbido de su respiración y el ligero palpitar del reloj de bolsillo, colocado sobre el tocador.

Comenzó entonces para Magdalena una espera febril que duró más de tres horas. A espaldas de la casa, muy cerca, rítmico y pertinaz como el péndulo de un reloj, arrastrábase el mar sobre las piedras de la playa, y en los intervalos entre una y otra ola percibíase el ligero roce de una hoja de papel que la brisa movía de aquí para allí en las baldosas del patio.

El intolerable calor de la cama, abrasando sus espaldas, la obligaba a ponerse de costado, y al cabo de un rato el golpe reiterado y profundo de su corazón, sonando cada vez más alto y angustioso en las entrañas y en el cerebro, hacía la recobrar de un salto la posición primera.

Así transcurrieron lentamente las horas, medidas por los latidos del reloj de la alcoba y por el incesante y melancólico romper de las olas en la playa.

Cuando ya tocaba casi al término de su espera, le sobrevino a Magdalena una especie de indeciso letargo, sedación de su cerebro exasperado por la vigilia. ¿A qué temer? Ella estaba en su casa, bajo el mismo techo que su marido y que su hijo, defendida por buenas murallas y por una puerta sólida. ¿Quién podría obligarla a acudir cuando sonara la señal convenida, a huir vergonzosamente como una criada infiel, con su lío de ropas debajo del brazo? Aquello, la traición premeditada, el juramento hecho, el hombre que iba a llegar, todo era un sueño, una novela imposible, como las que solía forjar en el silencio de su cerrada alcoba, para conciliar el sueño. Nadie lo sabría, y ella y los suyos continuarían su existencia monótona y feliz en la modesta casita de la calle de Pedro de Vera.

Entonces, siendo ya más de la una, como engendrado por el silencio mismo de la noche, brotó a mucha distancia un levisimo rumor, imperceptible y tenue como el aleteo de un mosquito. A los dos minutos ya pudo conocer-

se el ruido sordo y continuo de un coche que se acercaba.

A medida que sonaba más próximo, Magdalena se incorporaba, despertando de su letargo, pálida, convulsa. Ya el coche saltaba en el empedrado de la plazuela, subía la pequeña cuesta del callejón del Infante, entraba despacio y con estrépito en la calle de la Marina, a espaldas de la casa. De pronto se paró, con resoplido de caballos y pisar de duros cascos sobre las piedras.

El silencio volvió a reinar dilatado y como angustioso.

Tres silbidos con una llave. Magdalena se levantó, y fría, maquinal se envolvió en la nube y en el sobretodo que al regresar del paseo colocara a la cabecera de la cama. Permaneció inmóvil durante un segundo, erguida y negra como un espectro, con su pequeño lío de ropas debajo del brazo. Cuando salió, dejando entornada la puerta de la calle, sonó más triste y más cercano el romper de las olas en la playa.

Detrás de la esquina, la sombra confusa de un coche la aguardaba. No tenía encendidos los faroles. Un hombre vestido con gabán claro, cruzado el pecho por la correa de una cartera de viaje, con el ala del sombrero hongo doblada y proyectando oscuridad sobre su barba negra, se destacó de la muralla en que estaba apoyado y la abrazó por la cintura.

Al observar que lloraba, ahogando debajo de la nube sollozos convulsivos, el hombre aquel la arrastró con fuerza hacia el carruaje, diciendo al cochero:

—Vámonos, Pedro. Al Puerto y a escape.

Arrancó el coche, saltando torpemente sobre las piedras de la calleja, con estrépito de mueble viejo que va a desbaratarse.

Crujió el látigo, movieron las ruedas más aprisa, y el carruaje rodó, rodó sin intermitencias por la ancha carretera, atenuándose el ruido cada vez más, hasta que sólo fue una ligerísima palpitación que se perdió a lo lejos, desvanecida en el ambiente sereno de la noche.

III

Cuando el bote atracó a la negra muralla del enorme trasatlántico, Magdalena se cubrió el rostro con la nube

para subir la escala, en lo alto de la cual brillaba un farol. Atravesaron velozmente la toldilla, recibiendo al pasar las miradas curiosas de varios pasajeros recostados en sillones de mimbre.

Bajaron luego dos o tres peldaños alfombrados. Estaban en la cámara de primera, respirando un ambiente cálido, iluminado por lámparas eléctricas, en el que flotaban olores complejos de almacén de muebles y de comedor de fonda.

Un camarero de frac y corbata blanca les guió hasta el camarote, cuya puerta, barnizada de rojo oscuro, con filetes dorados, abrió con sonrisa de francés adamado y meloso.

Magdalena se quedó sola mientras él subía rápidamente a la toldilla para vigilar el embarque de su equipaje.

En el comedor tropezó con un hombre grueso, rubicundo, con levita de paño azul y chaleco blanco que dibujaba la redondez del vientre.

Era el sobrecargo, que le dio un medio abrazo, diciéndole con voz de falsete:

—¡Oh, señor Enríquez, qué agradable sorpresa!

Contestóle el otro con afabilidad y juntos subieron a la cubierta.

—Mis cumplimientos —decía el sobrecargo—. Ya li vi al pasar. ¡Oh, una mujer extremadamente bien!

—Es mi señora— contestó Enríquez con fingida seriedad.

—¿De la discreción?— dijo entre risas el francés, dándole fuertes palmadas en el hombro. —Oh, nosotros hace mucho tiempo ¿no es eso? que somos amigos. Usted tiene muchas señoras, muchas, muchas.

Entonces, cara a cara, riéronse ambos, cambiando guiños maliciosos como dos francmasones de la galantería vulgar.

Después tomaron juntos unas copitas de cognac.

Cuando Enríquez, arreglado el equipaje, bajó de nuevo al camarote, halló a Magdalena tendida en una litera, lívida y con los ojos fuertemente cerrados.

Puso una rodilla en el suelo y le tomó una mano, delgada y fina, helada hasta la muñeca.

Entreabrió ella los párpados y le miró con insistencia,

como si por primera vez le viese, con su camisa de franela, la onda de pelo negro y rizado que le caía hasta las cejas, sus labios demasiado rojos, su barba lustrosa de comisionista galanteador. Y cuando le imprimió en los labios besos que olían a tabaco y a cognac, una ola nauseabunda y angustiada le subió desde el pecho a la garganta.

Una hora después el buque se puso en marcha. Monótona e implacable comenzó desde aquel instante la palpitación gigantesca de la máquina, que sólo habría de cesar quince días después, junto a las costas americanas.

Era como un martilleo regular, interrumpido a trechos por golpes sordos y profundos, resoplido de pulmones agobiados por enorme peso, sílabas aflautadas, dulzonas y enervantes, chirrido estridente de una sierra que se afana en cortar una madera llena de nudos.

Perdióse a lo lejos la ciudad, arrinconada en el fondo del horizonte. Cuando se borró por completo la reverberación confusa de los faroles de sus calles, el vapor marchaba velozmente, meciendo su enorme masa, salpicada de luces multicolores, sobre la espalda sombría y formidable del Atlántico.

IV

El *chasco* de Cristobalito Molinos se divulgó al día siguiente muy temprano por toda la ciudad. Nunca se supo a punto fijo si fue el primero en contarlo el cochero que llevó a la fugitiva pareja hasta el muelle, o si fue un empleado de la casa consignataria del *Laperouse* que estuvo a bordo hasta el momento de zarpar. Lo cierto es que no se hablaba de otra cosa en la plaza del mercado, en la puerta del casino, en todas partes. No se reunían dos personas en aquella mañana transparente de verano sin que la una preguntase a la otra:

—¿Ya sabe usted el *chasco* que le ha pasado a Cristobalito Molinos?

Todos reían. Muchos hombres graves y sedentarios envidiaban al *baladrón* de Gabriel Enriquez. ¡Qué vida tan original y accidentada la de aquel *loquinario*, viajando de continuo entre las islas y las repúblicas americanas,

siempre en compañía de mujeres nuevas, que luego soltaba aquí o allí como colillas de cigarros!

Nadie compadecía al esposo abandonado.

Éste permaneció en la cama hasta las ocho, como solía hacer todos los domingos y días en que vacaba la oficina. Como no oyera ruido en la habitación cercana, supuso que su mujer estaría ya levantada auxiliando a la única criada en los menesteres de la casa. El chiquillo, sentado en la cama, desgrefiado y en camisa, se entreteñía en deletrear el título del periódico.

Cuando Cristóbal se levantó y salió al patio entraba María del Pino con la cesta de la compra, rebosando por todos los poros la noticia extraordinaria que acababa de saber en la plaza.

No se atrevió, naturalmente, a contársela a su amo; pero cuando éste supo que la señora no estaba en casa y que la puerta había amanecido entornada, quedó tan sobrecogido que hasta se olvidó de lavarse la cara. Y al fin adquirió la certidumbre de que algo grave acontecía cuando media hora después, hallándose en la puerta de la calle, vio entrar a Pancho Vega, en medio de la curiosa expectación de la vecindad.

Adelantóse a su encuentro, preguntándole con ansiedad:

—Pancho, por Dios, explícame esto. ¿Qué pasa? ¿Dónde está Magdalena?

El otro, hombre de más de cuarenta años, atarugado, obeso, con rostro y cogote muy anchos, color de caoba grisenta, le echó el brazo por la espalda y le condujo hasta la casa, silbando entre dientes para ocultar su emoción.

En el zaguán, en el patio, Cristóbal seguía interrogando con voz temblorosa y aflautada:

—Pero ¿qué hay, Dios mío, qué hay?

Cuando entraron en el cuarto de Magdalena, Vega cerró la puerta y, penetrado de la importancia de su misión, le dijo:

—Cristóbal, prepárate a recibir una mala noticia.

Cuando al fin se la dijo, empleando hábiles perífrasis que había preparado por el camino, Cristóbal se quedó frío, secos los ojos, temblorosas las piernas, repitiendo en voz baja:

—Pero si eso es imposible, si eso no puede ser.

Entonces Vega, dado el golpe, siguiendo la ordinaria tramitación en caso tales, mandó a la criada en busca de una bebida *antiespasmódica*. Salió María del Pino corriendo, sofocada, con la cabeza descubierta, en medio de los ardorosos comentarios de la vecindad.

Es que había gente en todas las ventanas, en el umbral de todas las puertas y hasta grupos en las esquinas. Circuló la noticia de que Cristobalito se había dado una puñalada.

Entre tanto, tendido sobre la cama de Magdalena, que aún conservaba la huella profunda de su cuerpo, Cristóbal sollozaba sin lágrimas, con hipo casi infantil, sintiendo en el lado izquierdo del cráneo los primeros latidos de una tremenda jaqueca.

Cuando la criada volvió de la botica con un frasco lleno de un líquido transparente, Cristóbal se resistió a tomar la medicina. ¿Para qué? Cerraba los ojos a la insufrible luz de la mañana, esforzándose por entender de una vez aquello monstruoso que le acontecía, sorprendido y avergonzado de no sentir la cólera formidable y homicida que en los dramas y en las novelas se atribuye a los esposos ultrajados.

Vega vistió al chiquillo y lo mandó a jugar al patio. Hasta las doce acompañó a su amigo, sentado a la cabecera de la cama, impaciente por marcharse a la *gallera*, aconsejando de vez en cuando a Cristóbal que tomara alimento, que *no se dejara ir*. Cuando al fin se fue, dirigiendo miradas lúgubres a los vecinos, Cristóbal pasó a la alcoba y se acostó entre sábanas, con las sienes oprimidas por un aro de hierro candente, los pies y las manos fríos como el mármol de la mesa de noche.

A las tres entró María del Pino con un plato de sopa. Resistióse él a tomarlo, diciendo con acento quejumbroso:

—Lléveselo, Pino. No puedo tomar nada.

Como la muchacha insistiera, poniendo sobre una silla el plato, la servilleta y el vaso de vino tinto, al fin Cristóbal se incorporó y perezosamente, con gesto de niño mimoso y enfermo, se tragó toda la sopa. Cuando hubo terminado, sintió con mucha vergüenza que su estómago

medio vacío reclamaba alimento más sólido. No se atrevió a pedirlo, sin embargo.

Así pasó toda la tarde y toda la noche, combatido por sentimientos encontrados y confusos, sin entera conciencia de su desgracia, distraído de la consideración mental de ella por las náuseas y los latidos dolorosos de la neuralgia.

Nadie vino a visitarle.

Sus dos tías, que formaban su única familia, estaban reñidas con él a causa de su matrimonio. ¿Qué dirían al saber aquello? Exceptuando a Vega, carecía por completo de amigos íntimos.

A la madrugada derramó las primeras lágrimas, besando la manecita tibia e inerte de Pepito, que dormía a su lado en la ancha cama de matrimonio.

V

Hasta el martes no volvió Cristóbal a la oficina. Cuando salió de su casa, vestido de negro, sentía en el diafragma una angustia singular semejante a la que le sobrecojía en su niñez momentos antes de los exámenes.

Caminaba muy deprisa, con los ojos puestos en el suelo, ocultándose el rostro con el quitasol. Había salido antes de la hora, de modo que la oficina estaba desierta cuando él llegó.

Sentado delante de su mesa, colocada junto a la ventana que da a la plaza, y al parecer engolfado en el estudio de un expediente, le hallaron sus dos compañeros, personas de edad que le apreciaban como un buen chico trabajador y entendido. Diéronle ambos un fúnebre apretón de manos, con las caras muy serias y como prolongadas hacia abajo. Aquello lo estimó él como una prueba de tacto y delicadeza que no dejó de admirarle en Regalado y González, los vejesterios, a quienes acostumbraba calificar de practicones.

Tuvo Cristóbal la suerte de que a los cuatro días de haberle sucedido el chasco se dispara un tiro de revólver un muchacho de veinte años, hijo de una de las familias más visibles de Atlántica.

Todo el mundo olvidó repentinamente lo de Cristóbal

para dedicarse a comentar hasta lo infinito aquel suicidio, cuyas causas nunca resultaron bien averiguadas, a juicio de la opinión. Y entonces fue cuando, libre ya de aquel intolerable sentimiento de vergüenza que tanto le atormentaba en un principio, pudo apreciar el dolor y la profundidad de la herida.

El chiquillo le hizo sufrir mucho en los primeros días.

Acontecióle varias veces, al regresar de la oficina, encontrarle llorando como un desesperado, buscando a su madre en todos los rincones de la casa; pero entonces, con cualquier juguete o libro de láminas se distraía y acallaba. Las noches sí que eran terribles.

Tomó la costumbre de despabilarse a cosa de las once, cuando su padre comenzaba a conciliar el sueño, y con los ojos muy abiertos, nervioso y excitadísimo por la vigilia, no paraba de preguntar:

—Oye, dime, ¿dónde está mamá?

—Va a venir, prenda. Ha salido a hacer una visita. Duérmete mi niño —le decía Cristóbal.

Y le cantaba cuanto se le venía a lo memoria, hasta que Pepito, impaciente, rompía a llorar con chillido vibrante y ensordecedor.

A veces se callaba, sonriendo, con los ojos llenos de lágrimas, cuando Cristóbal, en camisa de dormir, descolorido y flaco como una aparición, se ponía un sombrero de picos hecho con el periódico e imitaba el redoble del tambor y el toque de la cornetas. Al fin, ya muy avanzada la noche, se quedaba dormido, abrazado al cuerpo de su padre, con la respiración entrecortada por sollozos convulsivos.

Los meses de septiembre y octubre fueron en extremo penosos y duros de pasar.

Después de comer solía sentarse Cristóbal junto a la ventana entornada de la salita, y allí, mientras fumaba hasta secarse la garganta, le acometía cierta tristeza vaga, matizada por el misterioso deleite de la soledad. Todos los objetos que le rodeaban le traían a la mente el recuerdo de su mujer. Sobre un velador colocado en el centro de la sala estaba en fotografía que la representaba de cuerpo entero, vestida de negro, apoyada en una columna blanca. De las dos butacas y del humilde canapé de

rejilla pendían cubiertas de crochet, trabajadas por ella durante los primeros meses de su matrimonio. Pensaba en Magdalena sin cólera, con cierta melancolía romántica y dulzona, como si en vez de abandonarle por otro se hubiera muerto y descansara allá abajo, detrás de las tapias blancas del cementerio. Cuando la noche llegaba y la salita se quedaba a oscuras, solía llorar en un rincón, sonándose de vez en cuando, con ronquido tenue y discreto.

Su amigo Pancho Vega le prestó para distraerle varias novelas, la colección casi íntegra, sobada y apestando a tabaco, de los románticos franceses. Los domingos y días de fiesta devoraba los libros de Dumas y de Jorge Sand, sonrojándose mucho cuando tropezaba con un adulterio, lo cual le acontecía con harta frecuencia.

Alguna vez que otra salía por las noches, escogiendo los paseos más oscuros y solitarios, y volvía con los zapatos blancos de polvo y los ojos enrojecidos de haber llorado debajo de un árbol, a la luz melancólica de las estrellas.

VI

La criada, María del Pino, resultó ser una perla, un tesoro. Inútil como era Cristóbal para los detalles de la vida práctica, a ella correspondió desde los primeros momentos de la catástrofe, y por la fuerza misma de las cosas, la dirección de la casa.

Al principio, su amo le entregaba, día por día, el dinero necesario para las atenciones de la familia; pero muy pronto, convencido de la honradez y de la fidelidad de su criada, le confió todas las llaves, sin excluir la de la cómoda en que guardaba las pesetas de su sueldo y sus pequeñas economías. Todo lo encontraba a punto: el almuerzo y la comida dispuestos a su hora; el ropero lleno de calcetines limpios y de camisas planchadas.

Era María del Pino una muchacha de veinticinco años, nacida y criada en el Valle de Doramas, de donde había salido hacía seis años, para servir en la ciudad. De pequeña estatura, rubia, pálida, de ojos chicos y claros, de

pómulos un poco salientes, le parecía a Cristóbal, sin saber por qué, el tipo perfecto del indígena atlántico, de aquellas mujeres que allá en los comienzos de la historia tejían los *tamarcos* o molían el grano, en el oscuro fondo de las cuevas. Se vestía con mucho aseo y, cosa muy rara en la servidumbre femenina de Atlántica, usaba medias todos los días y los domingos corsé.

Pancho Vega solía decirle, con la buena intención de sacarle de su modorra:

—¡Ah, bandolero, qué criadita te tienes! Ya se comprende que no salgas de casa por las noches.

El otro protestaba, halagado en lo íntimo de su ser por aquella imputación de propósitos libertinos. Según decía, sólo apreciaba a María del Pino por fiel y trabajadora y por el cariño con que cuidaba a Pepito.

A los dos meses, en efecto, el chiquillo ya no se acordaba de su madre. No se despegaba de las faldas de la criada, que le acostaba, le vestía, le llevaba a la escuela y le daba de comer. Próxima la Navidad, Cristóbal determinó demostrar su agradecimiento con un regalo.

Después de pensar mucho, decidióse por un sobre todo de lana y un pañuelo de seda azul celeste que, empaquetados en papel de oficio, puso en manos de su hijo, en la mañana del primer día de Pascua, diciéndole con voz un poco temblorosa:

—Corre, Pepito. Dale esto de mi parte a María del Pino.

Estaba la muchacha en la cocina cuando Pepito, orgulloso con su misión, le ofreció con mucho misterio el regalo.

—Madre Pino, esto te manda mi papá.

Abrió ella el paquete, tembláronle las manos de gozo, y después de besar ruidosamente al niño, le dijo:

—Dale muchas gracias. ¿Tú me oyes? Muchas gracias a tu papá.

VII

El día 28 de abril, por la tarde, Pepito volvió de la escuela con el empeño de que su padre le llevase a ver

los *fuegos* a la plaza de San Pedro de Verona. Era la víspera de la gran fiesta atlántica, el aniversario de la conquista del país.

Cristóbal suspiró (ya no lloraba) recordando que todos los años anteriores había concurrido al paseo de la plaza con Magdalena, él con sombrero de copa y chaquet, ella elegantísima, con su boa de plumas y su ligerísima capota, un tipo *de fuera*, como decían los conocedores del casino.

Vaciló un poco, pensando que no estaba bien que él se exhibiera tan pronto en un paraje lleno de gente; pero ante la súplica fervorosa del niño y el deseo que también manifestó María del Pino de ver la iluminación y oír la música, determinó al fin, proponiéndose dar tan sólo unas vueltas alrededor de la plaza, sin entrar en el centro del paseo.

Salieron antes de las ocho, después de cerrar la puerta de la calle, cuya enorme llave se echó Cristóbal al bolsillo. Caminaban despacio, llevando por la mano al chiquillo, cuidadosamente vestido a la marinera, con su cuello vuelto y su gorrito de cintas blancas con letras de oro. María del Pino llevaba un traje de marino oscuro, corto de talle, adornado con cintas de terciopelo negro, con algo de *polisón*, y en los hombros y cabeza las prendas regaladas por su amo. Cuando se inclinaba para arreglarse la corbata o el sombrero al niño, despedían sus ropas un perfume violento de agua de la Florida.

Al doblar la esquina de la plaza, por el sitio mismo donde se colocan las vendedoras de turrón y *alegrías*, Pepito se detuvo extático, oprimiendo con fuerza las dos manos que le sostenían y guiaban.

Frente a ellos, en la parte más elevada del ligero declive de la plaza, erguía la mole cuadrada del Ayuntamiento, toda esmaltada de farolillos de múltiples colores, que en apretadas hileras corrían por la cornisa, por los marcos de las puertas, ventanas y balcones. Era como un diamante enorme, arrojado a la tierra por alguno de los astros que palpitaban en el cielo espléndido de aquella noche primaveral. En los demás edificios de la plaza brillaban también faroles o cabos de vela colocados detrás de los cristales, y por encima de todo las banderas y los

gallardetes flotaban con ligeros chasquidos en el ambiente tibio y amoroso.

De pronto, un repique próximo y vibrante, hizo brincar al chiquillo. Detrás de él se alzaba la muralla negra y majestuosa de la catedral, cuyas torres se destacaban gigantescas sobre el dorado polvo de las estrellas.

Hasta cerca de las diez permanecieron allí, dando vueltas con lentitud alrededor de la plaza, en cuyo centro las sillas y los bancos, llenos de curiosos, formaban un espacio cuadrado, en el que se codeaban, en apretado haz, los paseantes. Era una revuelta confusión, de la que surgía a intervalos el perfil sonriente y delicado de una señorita, bajo los rizos de la frente y el ala oscura del sombrero. Flotaba por todos los ámbitos de la plaza el rumor confuso y discordante de cien conversaciones entabladas a la vez, interrumpido a trechos por el siseo repentino de los cohetes, que ascendían con cierta languidez por el firmamento sereno, formando cintas de luz, que luego se desahacían en lágrimas efímeras y multicolores.

De improviso, en un extremo de la plaza, brotaba inmenso vocerío infantil. Deteníanse los paseantes, algunos se subían sobre las sillas, y con ruido sibilante, cortado por sordos chasquidos, ardía el fuego de artificio, iluminando, con claridad roja, verde, azul o violácea, bocas abiertas y ojos dilatados por la sorpresa y el placer.

Cuando terminaba la rueda, con asordante fragor de fusilería y fugaz destello de luces de bengala, sonaban en el otro extremo los acordes de la banda municipal, golpes profundos de bombo, notas plañideras y nasales de clarinete, sonidos abiertos y desgarrados de los instrumentos de metal.

En una de las esquinas de la plaza, Cristóbal se detuvo para comprar turrón a una de las mujeres instaladas allí, desde la tarde, con su caja abierta, su farol encendido y el enorme paraguas doblado sobre la acera. Después de llenarle al chico los bolsillos de turrones de azúcar, pidió una libra más, que la vendedora le pesó, y envolviéndola en su propio pañuelo, se la ofreció a María del Pino con gesto torpe, sin decir una palabra.

Protestó ella exclamando:

—¡Jesús, señor! ¿Se figura su merced que yo soy una niña golosa?

Al fin la tomó, risueña, un tanto confusa, diciendo con su voz dulce y bien timbrada, verdadera voz de seforita:

—Vaya, muchas gracias, señor.

Y tomaron el camino de casa, llevando siempre de mano a Pepito que, concluidos los turrone, caminaba Perezosamente, medio dormido.

Perdiéronse a lo lejos los rumores de la música y del paseo. Sólo de tarde en tarde llegaban hasta ellos, debilitados por la creciente distancia, el estallido de los cohetes y el grave son de las campanas. Transitaban ahora por calles desiertas y silenciosas, por delante de casas que parecían deshabitadas. Cuando pasaban por delante de algún farol, Cristóbal la miraba con expresión tierna y sumisa, y ella también, alzando su gracioso perfil de chiata, dirigía hacia él el rayo fugitivo de sus ojos claros.

VIII

María del Pino tenía su novio, un tal Antonio Candelaria, indiano de unos treinta años de edad, que venía a verla desde Doramas cada quince días, los domingos por la tarde.

Nunca le fue simpático a Cristóbal el hombre aquel, con su nariz diminuta y como roída, su cara chupada, color de aceituna y sus bigotes lacios, negros como la tinta, que tapaban a medias su enorme boca, llena de dientes desiguales y negruzcos.

Traíale siempre a su novia, envuelto en un pañuelo de color, un obsequio rústico, consistente en manzanas, nueces, media docena de huevos o cosa semejante. Sentábase ambos a *mocear* en la pequeña galería con ventana al patio y allí permanecían a honesta distancia, cambiando palabras escasas e indiferentes, ella flamante, con el pelo lleno de pomada y botas de charol, él recién afeitado, con sus anchos pantalones de dril, su chaqueta negra, sin corbata, mostrando bajo el chaleco la faja multicolor, calado el *tipi japa* hasta las cejas, con el *virginio* apagado y nauseabundo en un rincón de la boca.

En un principio Cristóbal permitía que el chiquillo les acompañara en sus entrevistas, entretenido en rodar por el piso de la galería las naranjas o las manzanas del indiano; pero después de la noche de los *fuegos*, reteníalo en la sala poniéndole delante varios números de un periódico ilustrado.

Las tardes aquellas se le antojaban interminables. Indignábale la presencia del indiano, como una injuria hecha a su persona, y sólo respiraba libre de la penosa emoción cuando sonaban en el zaguán los pasos lentos y pesados de la pareja. La despedida en la puerta de la calle duraba más de diez minutos.

—Vaya, hasta más ver, Pinillo.

—Memorias a toda la gente de allá arriba.

Y la muchacha atravesaba de nuevo el zaguán cantando entre dientes, y se quitaba la ropa de los días de fiesta para atender a los quehaceres de la casa.

Excepto aquellos contados ratos de mal humor, la vida de Cristóbal se deslizaba serena y feliz como antes, cuando tranquilo y confiado descansaba en el hombro de Magdalena. Siempre había sido así. A pesar de los años, conservaba aún las debilidades y la irresolución de la niñez, la necesidad de apoyarse en otra persona que con él compartiese el peso de las responsabilidades de la existencia.

Recién salido de la tutela de sus tías, reñidas con él a causa de su matrimonio, que nunca aprobaron, había entrado en la de su mujer, de la cual no se había separado ni un momento durante seis años, sintiendo un deleite particular en dejarse conducir por ella dentro y fuera de la casa. Y ahora, apenas convaleciente del rudo e impensado golpe, la presencia en su casa de aquella mujer de juicio, carifosa y formal, la estimaba como un regalo de la Providencia, como una compensación del infortunio ridículo, cuyo recuerdo manchaba aún su frente con el sudor de la agonía.

Sin decirle una palabra, sin otra expresión de sus ocultos pensamientos que las miradas intensas, acariciadoras con que la perseguía, procuraba por todos los medios realzar la condición de María del Pino, elevándola poco a poco a la categoría de dueña de la casa. No per-

mitió que siguiera comiendo en la cocina, como antes, en tiempo de la señora; haciale sentar a la mesa del comedor, después que el niño y él se levantaban. Aprovechando una ausencia de su criada, substituyó el catre de *viento* en que ésta dormía por el de hierro que usaba Magdalena, y le adornó el cuarto con una mesa de noche y un pedazo de alfombra. Del fondo de su alma dolorida, de las ruinas vergonzosas de su primer amor, brotaba sana y pura la ferviente adoración hacia aquella muchacha rubia. Ella y Pepito eran las dos únicas personas que le quedaban en el mundo.

IX

Así pasó más de un año, desfilando las horas y los días como las cuentas uniformes y grises de un rosario interminable. Siempre lo mismo: los hombres y las cosas viviendo monótona y oscuramente en el seno de la admirable naturaleza atlántica. Ni frío ni calor: días luminosos y cálidos en el corazón del invierno, noches de luna extraordinarias e ideales, flores y hojas verdes en todas las estaciones. Y de vez en cuando, interrumpiendo aquella tranquilidad de agua tibia y dormida, el latigazo formidable del dolor estallando sobre las espaldas de éste o del otro, en medio de la conmiseración egoísta de los demás.

Así fue que una mañana, a eso de las once, trabajaba Cristóbal en su oficina, cuando oyó una voz que no reconoció que le llamaba desde el patio, que se acercaba rápidamente, alternando con violentas y desiguales pisadas en la escalera.

Levantóse con impetu, derramando el tintero sobre los papeles, a tiempo que entraba como un torbellino una mujer lívida, desencajada, con la cabeza descubierta y los brazos extendidos hacia adelante.

—María del Pino. ¡Ay, Dios mío de mi vida, otra desgracia!

Y apenas la muchacha, sofocada por la carrera, hubo murmurado con acento de abominable angustia *el niño, el niño*, Cristóbal corrió como un insensato, sin sombrero,

dando un alarido de terror como esos que desgarran la garganta durante las pesadillas.

En su precipitada marcha por las calles, caldeadas por el sol implacable del verano atlántico, entre la consternación de los transeuntes, enterados ya de la desgracia, Cristóbal sólo pudo conseguir que la muchedumbre le dijera, con la voz desfigurada y anhelosa:

—El tranvía, el tranvía...

Cuando llegó a la puerta de su casa, sin aliento, Cristóbal cayó como una avalancha sobre el ancho pecho de Vega, que le aguardaba en el zaguán.

Quiso desasirse. El otro le agarraba con fuerza, trémulo el labio inferior, con cierta dureza en el semblante color de caoba.

—Quieto, quieto.

—Pancho, déjame entrar. Pancho, mira que soy su padre, mira que es lo único que me queda.

—Pero, hombre, déjame hablar... si no es lo que tú te figuras... si no ha sido nada. Palabra que ya está mejor.

—Eso es mentira, Pancho. Si ya sé que está muerto. Pero quiero verle... Déjame por la Virgen, por tu madre.

El otro, llorando, le soltó, con gesto de repentino desaliento.

Cuando Cristóbal entró en la alcoba, tuvo una sorpresa indescriptible al ver a Pepito tendido de espaldas en la cama de matrimonio, cubiertas las piernas con una manta, con las mejillas rojas y los ojos brillantes, charlando sin parar con una vecina que de pie y junto al lecho le miraba con expresión de lástima profunda, cruzadas las manos debajo del delantal.

—Niño de mi vida, ¿qué es eso? ¿Qué has tenido? Pero, ¡Pancho, si está bueno, si está bueno! ¡Dios de mi corazón, yo no sé lo que me había figurado!

Y el chiquillo charlaba, charlaba sin descanso, refiriendo con orgullo los detalles del accidente. Que se le había escapado a María del Pino en persecución de una paloma blanca que su padre había comprado el día anterior a una mujer del campo. Atravesaba corriendo la carretera cuando de repente, al doblar la esquina, un *pitido*. Era el tranvía: una muralla negra con letras doradas, cerca, muy cerca de su carita. Quiso correr, oyó gritos, muchos gri-

tos de angustia. *¡Paren, paren, el niño, el niño!* Y después dio vueltas, vueltas en el polvo, como cuando uno juega en los montones de arena, y se le llenaron los ojos de tierra. Y no le dolió nada, papaito, nada.

Entonces el padre comprendió, recordando otros casos, otras desgracias causadas por la horrible máquina, de que había sido testigo, ocurridas casi en el dintel de su puerta. Cayó de rodillas, cubriéndose los ojos con ambos puños cerrados, conteniendo los aullidos de terror que se le subían a la garganta. Sintió luego, medio desvanecido, que Pancho Vega le llevaba arrastrando hasta la habitación próxima.

En aquel estado singular de torpeza dolorosa percibió una cara nueva, la de un hombre de barba negra, con ojos grandes de miope que le miraban compasivamente detrás de los cristales de unas gafas de oro.

--Don Pedro, ¡por la Virgen! Dígame que no es nada, que usted lo curará. Piense en que usted también tiene hijos en el mundo.

El médico se detuvo, quiso decir alguna frase engañosa de consuelo, cerrósele la garganta, y con arranque desesperado abrazó como a un hermano a aquel hombre que hasta el día antes era para él un desconocido.

Pepito se moría a toda prisa. Cuando los tres hombres entraron de nuevo en la alcoba había desaparecido la excitación que desataba su lengua en frases joviales y sin enlace, como las que se dicen bajo el influjo de una borrachera.

Ahora no decía nada. Movía de un lado a otro su cabecita lívida, empapada de sudor, como si dijera una y otro vez que no, que no quería marcharse.

El sol iluminaba la cama, trazando en la colcha una ancha faja amarilla. Veíase a través de los cristales de la ventana el cielo puro, sin una mancha, lejano e indiferente. Pasó una ráfaga de brisa, que levantó humareda de polvo en la carretera y agitó levemente la cortina blanca, con el pausado movimiento de una mano que dice adiós, y el médico cubrió violentamente, con ademán brusco de impotencia y rabia, el rostro de Pepito, que se había quedado inmóvil, con expresión casi divina de serenidad e inocencia.

X

Pasaron ocho días. En la penumbra de la salita, sentado en el rincón de la ventana, Cristóbal, que acababa de comer, fumaba sin cesar cigarrillo tras cigarrillo.

A su espalda, en la sombra, abrióse quedamente la puerta y la voz de María del Pino, algo temblorosa, preguntó:

—Don Cristóbal, ¿me permite una palabra?

—Entre, Pino —contestó Cristóbal volviendo la cabeza, sorprendido al verla vestida como para salir, con un manajo de llaves en la mano.

La muchacha, con la cabeza baja, sobando inconscientemente la cinta de terciopelo que adornaba su traje de merino, se explicó torpemente, con mucha prolijidad.

—Pues señor, sabrá cómo Antonio Candelaria ha conseguido *de medias* un cercadito en San José. Él quería casarse hace tiempo, pero yo, por no dejar al niño, que está en la gloria, decía que no. Pero ahora hace mafiana nos amonestamos. Y yo le vengo a decir a su merced que me voy esta noche a casa de mi prima Juana, hasta el día que me case.

En la sombra creciente de la sala sonó la voz ronca de Cristóbal que preguntaba, como si no hubiera oído bien:

—¿Se va usted esta noche?

—Pues yo, señor— continuó la muchacha, hablando más alto y más deprisa, —siento dejar a su merced, porque su merced es un santo; pero ya ve, hoy por hoy es un hombre solo, y la gente *alega* mucho. Antonio Candelaria quería que me marchase hace mucho tiempo. Pero yo decía que no, que era menester dejar a su merced una criada. Esta noche vendrá Carmen la del Puerto. Aquí están la llaves. Don Cristóbal, si para algo me necesita, ya sabe que estamos cerca, en San José.

Se detuvo un momento, como si esperara algo, y luego terminó, con cierta sorpresa y sequedad:

—Adiós, señor.

—Adiós, María del Pino.

Cuando la criada salió, oyóse en el hueco de la ventana un suspiro, un sollozo. Pero ya ella estaba en el patio ayudando a cargar su caja a un *palanquin* a quien había contratado al efecto.

Hubo luego ruido de puertas que se cierran. Sonó la campanilla del zaguán. Alejáronse los pasos en la calle.

Sentado en el rincón de la ventana, envuelto en las sombras melancólicas que invadían la salita, con la boca entreabierta, los ojos fijos y un cigarro apagado entre los dedos, Cristóbal se quedó solo,

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS